

EL CANTO DE LAS AGUAS ETERNAS

El angosto camino, tallado á pico en la desnuda roca, va serpenteando sobre el abismo. A un lado empinados tormos y peñascales, y al otro lado óyese en el fondo oscuro de la sima el rumor incesante de las aguas, á las que no se alcanza á ver con los ojos. A trechos forma el camino unos pequeños ensanches, lo preciso para contener una docena mal contada de personas; son á modo de descansaderos para los caminantes sobre la sima y bajo una tenada de ramaje. A lo lejos se destaca del cielo el castillo empinado sobre una enhiesta roca. Las nubes pasan sobre él, desgarrándose en las pingorotas de sus torreones.

Entre los romeros va Maquetas. Marcha sudoroso y apresurado, mirando no más que al camino que tiene ante los ojos y al castillo de cuando en cuando. Va cantando una vieja canción arrastrada que en la infancia aprendió de su abuela, y la canta para no oír el rumor agorero del torrente que corre invisible en el fondo de la sima.

Al llegar á uno de los reposaderos, una doncella que está en él, sentada sobre un cuadro de césped, le llama:

—Maquetas, párate un poco y ven acá. Ven acá, á descansar á mi lado, de espalda al abismo, á que hablemos un poco. No hay como la palabra compartida en amor y compañía para darnos fuerzas en este viaje. Párate un poco aquí, conmigo. Después, refrescado y restaurado, reanudarás tu marcha.

—No puedo, muchacha—le contesta Maquetas amenguando su marcha, pero sin cortarla del todo—, no puedo; el castillo está aún lejos, y tengo que llegar á él antes que el sol se ponga tras de sus torreones.

—Nada perderás con detenerte un rato, hombre, porque luego reanudarás con más brío y con nuevas fuerzas tu camino. ¿No estás cansado?

—Sí que lo estoy, muchacha.

—Pues párate un poco y descansa. Aquí tienes el césped por lecho, mi regazo por almohada. ¿Qué más quieres? Vamos, párate.

Y le abrió los brazos ofreciéndole el seno.

Maquetas se detiene un momento, y al detenerse llegá á sus oídos la voz del torrente invisible que corre en el fondo de la sima. Se aparta del camino, se tiende en el césped y reclina la cabeza en el regazo de la muchacha que, con sus manos rosadas y frescas, le enjuga el sudor de la frente, mientras él mira con los ojos al cielo de la mañana, un cielo

joven como los ojos de la muchacha que son jóvenes.

—¿Qué es eso que cantas, muchacha?

—No soy yo, es el agua que corre ahí abajo, á nuestra espalda.

—¿Y qué es lo que canta?

—Canta la canción del eterno descanso. Pero ahora descansa tú.

—¿No dices que es eterno?

—Ese que canta el torrente de la sima, sí: pero tú descansa.

—Y luego...

—Descansa, Maquetas, y no digas "luego".

La muchacha le da con sus labios un beso en los labios; siente Maquetas que el beso, derretido, se le derrama por el cuerpo todo, y con él y su dulzura como si el cielo todo se le vertiera encima. Pierde el sentido. Sueña que va cayendo sin fin por la insondable sima. Cuando se despierta y abre los ojos ve el cielo de la tarde.

—¡Ay muchacha, qué tarde es! Ya no voy á tener tiempo de llegar al castillo. Déjame, déjame.

—Bueno, vete; que Dios te guíe y acompañe y no te olvides de mí, Maquetas.

—Dame un beso más.

—Tómalo, y que te sea fuerza.

Con el beso siente Maquetas que se le centuplican y echa á correr, camino adelante, cantando al compás de sus pisadas. Y corre, corre, dejando atrás á otros romeros. Uno le grita al pasar:

—¡Tú pararás, Maquetas!

En esto ve que el sol empieza á ponerse tras los torreones del castillo, y el corazón de Maquetas siente frío. El incendio de la puesta dura un breve momento; se oye el rechinar de las cadenas del puente levadizo. Y Maquetas se dice:

—Están cerrando el castillo.

Empieza á caer la noche, una noche insondable. Al breve rato Maquetas tiene que detenerse porque no ve nada, absolutamente nada; la negrura lo envuelve todo. Maquetas se para y se calla, y en lo insondable de las tinieblas sólo se oye el rumor de las aguas del torrente de la sima. Va espesándose el frío.

Maquetas se agacha, palpa con las manos arrecidas el camino y empieza á caminar á gatas, cautelosamente, como un raposo. Va evitando el abismo.

Y así camina mucho tiempo, mucho tiempo. Y se dice:

—¡Ay, aquella muchacha me engañó! ¿Por qué le hice caso?

El frío se hace horrible. Como una espada de mil filos le penetra por todas partes. Maquetas no siente ya el contacto del suelo, no siente sus propias manos ni sus pies; está arrecido. Se para. O mejor, no sabe si está parado ó sigue andando á gatas.

Siéntese Maquetas suspendido en medio de las tinieblas; negrura en todo al derredor. No oye más que el rumor incesante de las aguas del abismo.

—Voy á llamar—se dice Maquetas, y hace esfuer-

zo de dar la voz. Pero no se oye; la voz no le sale del pecho. Es como si se le hubiese helado.

Entonces Maquetas piensa:

—¿Estaré muerto?

Y al ocurrírsele esto, como que las tinieblas y el frío se sueldan y eternizan en torno de él.

—“Será esto la muerte?”—prosigue pensando Maquetas.—¿Tendré que vivir en adelante así, de pensamiento puro, de recuerdo? ¿Y el castillo? ¿Y el abismo? ¿Qué dicen esas aguas? ¿Qué sueño, qué enorme sueño! ¿Y no poder dormirme...! ¿Morir así, de sueño, poco á poco y sin cesar, y no poder dormirse...! Y ahora ¿qué voy á hacer? ¿Qué haré mañana?

”¿Mañana? ¿Qué es esto de mañana? ¿Qué quiere decir mañana? ¿Qué idea es esta de mañana que me viene del fondo de las tinieblas, de donde cantan esas aguas? ¡Mañana! ¡Ya no hay para mí mañana! Todo es ahora, todo es negrura y frío. Hasta este canto de las aguas eternas parece canto de hielo; es una sola nota prolongada.

”¿Pero es que realmente me he muerto? ¿Cuánto tarda en amanecer! Pero ni sé el tiempo que ha pasado desde que el sol se puso tras los torreones del castillo...

”Había hace tiempo—sigue pensando—un hombre que se llamaba Maquetas, gran caminante, que iba por jornadas á un castillo donde le esperaba una buena comida junto al fogón y después de la comida un buen lecho de descanso y en el lecho una buena

compañera. Y allí, en el castillo, había de vivir días inacabables, oyendo historias sin término, solazándose con la mujer, en una juventud perpetua. Y esos sus días habrían de ser todos iguales y todos tranquilos. Y según pasaran, el olvido iría cayendo sobre ellos. Y todos aquellos días serían así un solo día eterno, un mismo día eternamente renovado, un hoy perpetuo rebosante de todo un infinito de ayeres y de todo un infinito de mañanas.

”Y aquel Maquetas creía que eso era la vida y echó á andar par su camino. E iba deteniéndose en las posadas, donde dormía, y al salir de nuevo el sol reanudaba él de nuevo su camino. Y una vez, al salir una mañana de una posada, se encontró á un anciano mendigo que estaba sentado sobre un tronco de árbol, á la puerta, y le dijo: “Maquetas, ¿qué sentido tienen las cosas?” Y aquel Maquetas le respondió, encogiéndose de hombros: “¿Y á mí qué me importa?” Y el anciano mendigo volvió á decirle: “Maquetas, ¿qué quiere decir este camino?” Y aquel Maquetas le respondió, ya algo enojado: “¿Y para qué me preguntas á mí lo que quiere decir el camino? ¿lo sé yo acaso? ¿lo sabe alguien? ¿ó es que el camino quiere decir algo? ¡Déjame en paz, y quédate con Dios!” Y el anciano mendigo frunció las cejas y sonrió tristemente mirando al suelo.

”Y aquel Maquetas llegó luego á una región muy escabrosa y tuvo que atravesar una fiera serranía, por un sendero escarpado y cortado á pico sobre una sima en cuyo fondo cantaban las aguas de un to-

rrente invisible. Y allí divisó á lo lejos el castillo adonde había que llegar antes de que se pudiese el sol, y al divisarlo le saltó de gozo el corazón en el pecho, y apresuró la marcha. Pero una muchacha, linda como un fantasma, le obligó á que se detuviera á descansar un rato sobre el césped, apoyando en su regazo la cabeza, y aquel Maquetas se detuvo. Y al despedirse le dió la muchacha un beso, el beso de la muerte, y al poco de ponerse el sol tras los torreones del castillo, aquel Maquetas se vió cercado por el frío y la oscuridad, y la oscuridad y el libro fueron espesándose y se fundieron en uno. Y se hizo un silencio de que sólo se libertaba el canto aquel de las aguas eternas del abismo, porque allí, en la vida, los sonidos, las voces, los cantos, los rumores surgían de un vago rumoreo, de una bruma sonora, pero aquí este canto manaba del profundo silencio, del silencio de la oscuridad y el frío, del silencio de la muerte.

”¿De la muerte? De la muerte, sí, porque aquel Maquetas, el esforzado caminante, se murió.

”¡Qué lindo es el cuento y qué triste! Es más lindo, mucho más lindo, más triste, mucho más triste que aquella vieja canción que me enseñó mi abuela. A ver, á ver, voy á repetírmelo otra vez...

”Había hace tiempo un hombre que se llamaba Maquetas, gran caminante, que iba por jornadas á un castillo...”

Y Maquetas se repitió una y otra y otra y otra vez el cuento de aquel Maquetas y sigue repitiéndoselo,

y así seguirá en tanto que sigan cantando las aguas del invisible torrente de la sima, y estas aguas cantarán siempre, siempre, siempre, sin ayer y sin mañana, siempre, siempre, siempre...

Salamanca, Abril de 1909.

EL PORTICO DEL TEMPLO

DIÁLOGO DIVAGATORIO ENTRE ROMÁN Y SABINO,
DOS AMIGOS

ROMÁN.—¿Que nada hemos inventado? ¿Y eso, qué le hace? Así nos hemos ahorrado el esfuerzo y ahinco de tener que inventar, y nos queda más lozano y más fresco el espíritu...

SABINO.—Al contrario. Es el constante esfuerzo lo que nos mantiene la lozanía y la frescura espirituales. Se ablanda, languidece y desmirria el ingenio que no se emplea...

R.—¿Que no se emplea en inventar esas cosas?...

S.—U otras cualesquiera...

R.—Ah, ¿y quién te dice que no hemos inventado otras cosas?

S.—¡Cosas inútiles!

R.—¿Y quién es juez de su utilidad? Desengáñate, cuando no nos ponemos á inventar cosas de esas, es que no sentimos la necesidad de ellas.

S.—Pero así que otros las inventan, las tomamos

de ellos, nos las apropiamos y de ellas nos servimos; ¡eso sí!

R.—Inventen, pues, ellos y nosotros nos aprovecharemos de sus invenciones. Pues confío y espero en que estarás convencido, como yo lo estoy, de que la luz eléctrica alumbró aquí tan bien como allí donde se inventó.

S.—Acaso mejor.

R.—No me atrevía á decir yo tanto...

S.—Pero ellos, ejercitando su inventiva en inventar cosas tales, se ponen en disposición y facultad de seguir inventando, mientras nosotros...

R.—Mientras nosotros ahorramos nuestro esfuerzo.

S.—¿Para qué?

R.—Para ir viviendo, y no es poco.

S.—Es que, además, la ciencia, no sólo tiene un valor práctico ó de aplicación á la vida mediante la industria, sino que le tiene también ideal y puro...

R.—Sí, es zaguán para la sabiduría, ya que por ella nos hacemos un concepto del universo y de nuestro lugar y valor en él. La ciencia es el pórtico de la filosofía, ¿no es eso?

S.—Sin duda alguna.

R.—¿Y si el templo de la sabiduría tuviese, mi buen Sabino, alguna puerta trasera disimulada en el espesor de sus muros, por donde se pueda entrar en él sin necesitar de zaguán ni porche alguno?

S.—Acaso el buscar y columbrar esa puerta hurtada y escondida cueste más trabajo que entrar por

el zaguán y esperar allí á que se nos abra la puerta maestra.

R.—Más trabajo tal vez, cierto, pero trabajo más acomodado á nuestras facultades. Lo que para uno es más costoso, es para el otro lo más llevadero, y á la inversa. Y además, si nos empeñamos en entrar en el hogar de la sabiduría por el zaguán de la ciencia, corremos riesgo de quedarnos en éste la vida toda, esperando á que aquel se nos abra, y francamente, amigo, de quedarse fuera, vale más quedarse al aire libre, bajo el cielo y las estrellas, donde el aire nos da de donde quiere y sin rebotes.

S.—Todo eso no son sino achaques de la holgazanería, pretextos de ociosidad.

R.—¿Ociosidad has dicho? Mira, coge y alárgame ese tomo que tienes ahí, á tu derecha; ése, los *Sermones del P. Fr. Alonso de Cabrera* que acaban de publicarse en la "Nueva Biblioteca de Autores Españoles". Tráelo. Aquí está, en el primer sermón, en las Consideraciones del Domingo de Septuagésima sobre aquel texto de San Mateo (XX, 6) "¿Por qué estáis todo el día ociosos?" Oye al buen padre Dominico cuando defiende á los frailes y abades del reproche de que ganan la comida cantando y todo el año huelgan, recordando la definición de Santo Tomás, su hermano en religión, de que el ocio se opone á aquel orden enderezado á conseguir su fin propio. Y como es de esperar, en él reputa ociosos á todos aquellos que se emplean en conseguir cosas no conducentes á su fin propio, que es el de salvarse. "Si

vuestras inquietudes, negocios y desasosiegos os apartan de Dios, ocioso estáis, vagamundo y holzán sois", dice.

S.—¿Y apruebas eso tú? ¿Tú? ¿Tú?

R.—Yo ni apruebo ni desapruebo nada. Yo sólo digo que muchos se meten en el porche del templo, no en espera de entrar un día en éste, sino para guardarse allí de la intemperie, y porque no resisten ni el toque derecho del sol ni el libre abrazo del aire libre; yo sólo digo que para muchos no es el cultivo de la ciencia más que un narcótico de la vida; yo sólo digo que ese delirio con que se entregan hombres y pueblos á lo que han dado en llamar civilización, no es sino consecuencia de sentirse desesperados por no poder gozar de los frutos de la que llamamos barbarie.

S.—¿Y la puerta trasera, la de escape?

R.—Esa no se llega á descubrir sino después que uno se ha lavado bien los ojos con lágrimas que suben á ellos desde el fondo del corazón. "Nace el amor—dice en sus *Contemplaciones* el Idiota—como las lágrimas que de los ojos caen al pecho, porque de la inteligencia nace el amor y cae en el corazón por la fe." Pero yo creo que sucede al revés. Todas las grandes obras de sabiduría han sido hijas de amor verdadero, es decir, doloroso. Cuando en una obra de ciencia encuentres sabiduría, no te quepa duda alguna de que la dictó una pasión, una pasión dolorosa y mucho más honda y entrañable que esa miserable curiosidad de averiguar el cómo de las

cosas. "Seréis como dioses, sabedores de la ciencia del bien y del mal", tentó la serpiente á Adán y Eva cuando éstos languidecían en la felicidad fatal del Paraíso, libres de dolores.

S.—Y trayendo la cosa acá, á nuestra Patria, ¿qué sacas de todo eso? ¿Qué aplicación á nuestro estado? Ya que con tanto y tan injusto y tan pernicioso desdén hablas del pórtico del templo, muéstranos la puerta esa que dices y por la que se entra derechamente y sin tener que hacer antesala en él.

R.—Esa puerta no se la puede mostrar hombre á hombre, sino á lo sumo meterle en deseo de buscarla por sí. Las cosas de experiencia personal é íntima no se transmiten de un hombre á otro hombre. Nos pasamos unos á otros pesetas é ideas, pero no el disfrute de unas ni de otras. Hace pocos días he leído en un libro de Bernardo Shaw este aforismo: "El que puede, hace; el que no puede, enseña."

S.—Te pareces á los krausistas; todo se te va en propedéutica y prolegómenos.

R.—Fíjate y observa que los que más echaron en cara, aquí, en nuestra España, á nuestros benditos krausistas de hace treinta ó cuarenta años el haberse pasado el tiempo en propedéuticas, esos reprochadores se lo han pasado en hacer índices, epílogos, catálogos y fes de erratas. Y váyase lo uno por lo otro. Se han instalado, no en el pórtico del templo, sino en su corral, donde se ocupan en recoger, ordenar y clasificar despojos y mondaduras.

S.—Bueno, y vosotros, los del aire libre, ¿qué hacéis?

R.—Nosotros somos los solitarios y los solitarios todos se entienden entre sí aun sin hablarse, ni verse, ni siquiera conocerse. Me acompañan en mi soledad las soledades de los demás solitarios. Se habla mucho de solidaridad, y se nos dice que cuantos habitan en el pórtico del templo y tienen allí puestas sus tiendas de mercadería se sienten solidarios entre sí. Sin duda, cada cual envía al parroquiano á la barraca del otro, porque tienen divididos sus géneros y acotados, y se alaban mutuamente sus mercaderías. Conozco el repugnante compadrazgo de los mercaderes del pórtico, pero te aseguro que en el hondón de sus corazones no están más unidos que lo estamos los que vagamos, sin rumbo y sin ventura, por los alrededores del templo, bajo el cielo abierto, en busca de que una congoja nos abra la puerta trasera de él, la de escape, la escondida. Y cuando de noche, al cerrar sus tenderetes, se duermen entre sus cachivaches, créeme que no lo pasan bien, porque entonces es cuando en el silencio se conocen los unos á los otros.

S.—¿Y si un día se les abren de par en par las hojas de la gran puerta del templo? Porque ellos esperan humildemente.

R.—¿Humildemente? ¡Valiente humildad la suya! Si fueran humildes estaban salvados. Pero no sabes tú bien cómo esos buhoneros y quinquilleros desprecian, ó fingen despreciar á los mismos que fabrican

las menudencias que ellos venden. ¡Humildemente! Si fueran humildes se les abrirían las puertas del templo.

S.—¿Y si se les abren?

R.—No entrarán en él, tenlo por seguro; no entrarán en él. Su corazón está tan apegado á las chucherías de sus tiendas, está cada uno de ellos tan satisfecho de ser especialista en anillos ó en pelotas, ó en jabones de olor ó en pitos, ó en libros de viejo, que no dejarán sus tiendas ni para entrar en el templo y ver la cara á Dios. Son unos avaros, nada más que unos avaros. Y además, ¿qué van á hacer en el templo si han olvidado á cantar los que lo supieron? En el templo no se vocea la mercancía, sino se canta. Y si entraran en él, el Hijo del Señor les echaría á latigazos. Que vendan en el pórtico libros de salmos y los cotejen unos con otros y los estudien y los corrijan, y los acicalen y los editen, pero que no entren á cantar con ellos, ¡por Dios! ¿Qué tiene que ver la una cosa con la otra?

S.—Y, sin embargo...

R.—Sin embargo, ese viejo Kempis que ves ahí, sobre mi mesa, texto desnudo y limpio, de batalla, corriente, me ha procurado más alivio y más consuelo que se lo procuró el suyo á ese señor que ha hecho una edición crítica de él, precedida de doctísima introducción y seguida de eruditísimas notas, tan vanas unas como otra. Eso no es sino la concupiscencia morbosa del saber.

S.—¿Y qué otra cosa quieres que hagan?

R.—¿Qué otra cosa? Desesperarse y contarnos su desesperación ó esperanzarse y contarnos sus esperanzas. ¡Cantar!

S.—No todas las aves nacieron para el canto.

R.—Pues las que no nacieron de él, que no canten; pero que tampoco graznen. Y que no hagan lo de la urraca.

Salamanca, Julio de 1906.

BERGANZA Y ZAPIRON

Después de haber peleado no poco Berganza, el perro, y Zapirón, el gato, comprendieron, de mutuo acuerdo, que debían discutir la paz. Ambos eran filósofos naturales, y como filósofos naturales sabían que la guerra, el zarpazo y el mordisco, deben prece-der y no seguir á la discusión, al maullido y al ladri-do. Los hombres, como filósofos innaturales que son —no sé si contra, sobre ó bajo la naturaleza—, vien-en á las manos después de haber agotado las len-guas, cuando deberían hacer lo contrario. ¡Cuánto mejor sería que empezásemos por zurrarnos la bada-na, y cuando tuviésemos los brazos molidos de gol-pear y el cuerpo molido á golpes, pasáramos á depar-tir y tratar nuestras diferencias! Y esto es así, por-que todas nuestras discrepancias de opinión y sentido no son sino pretextos para reñir unos con otros. Ri-fiamos, pues, de antemano, y acaso nos encontremos luego con que se nos da un comino del pretexto.

Berganza y Zapirón, después de haber cobrado aquél de éste unos cuantos zarpazos, y éste de aquél

otros tantos mordiscos, pusieron á discutir serena y noblemente. El uno era callejero, casero el otro.

—La calle —dijo Zapirón— es la escuela del vagabundo y de la servidumbre; el arroyo hace esclavos. Vivís allí á merced del que pasa, y tenéis en rigor tantos amos como transeúntes. La calle es la democracia, y la democracia es la servidumbre y es la envidia.

—Y la casa —le replicó Berganza— es la escuela de la ociosidad y del desabrido orgullo; el hogar hace ingratos. Allí, en la casa, te haces insociable. Te apegas á la casa misma, á sus paredes, á sus rincones, no al hombre.

—¡Ay, caro amigo Berganza! —exclamó Zapirón—, ¿ignoras acaso que del hombre lo que vale y aprovecha son sus obras, y no él? La casa vale más que quienes la construyeron y que quienes la habitan. Por sus obras es algo el hombre en la naturaleza. Y yo te digo que cuando haya construído duraderas mansiones, desecado pantanos, cortado istmos, unido estrechos, cuando haya hecho habitable la tierra, desaparecerá, dejando de todas sus invenciones y artificios aquello verdaderamente útil y durable; es decir, aquello de que nosotros, los que él llama irracionales, podamos servirnos. Todo lo demás no sirve sino á su vanidad insaciable. La estufa del amo de mi casa da mucho más calor que su corazón.

—Perro soy; nada perruno estimo serme ajeno —añadió Berganza sentenciosamente.

—¿Lo dices por el corazón humano? —preguntóle el gato.

—No sé por qué lo decía —replicó el perro.

Y Zapirón:

—Costumbres de calle, hablar sin saber por qué ni para qué, hablar por no callar. Para meditar no hay como el calor del hogar.

—Si todos nos quedáramos en casa... —empezó á decir Berganza.

Y Zapirón le atajó con estas palabras:

—La calle te ha enseñado, bien se conoce, á juzgar de las palabras al modo de los hombres. La anfibología es invención humana, no lo dudes, Berganza amigo. El quedarse en casa no implica eso que los hombres por ello entienden, así como el andar por la calle, formar parte de las muchedumbres de la plaza y gritar con ellas en los motines, no es participar de la cosa pública. Desde su casa, y sin salir de ella, puede muy bien uno gobernar la ciudad.

—Un gato tal vez; pero no un perro —contestó Berganza—. En casa se hacen los dogmáticos y los fanáticos, los solitarios. Vosotros, dejándoos llevar de vuestro felino instinto, convertís el hogar en matarral de acecho, y la ciudad toda no os parece sino selva de caza. Son muchos los bandoleros públicos, los gatos ladrones del común, que resultan ser á la vez excelentes padres de familia. Las mujeres les absuelven, pues la mujer, á la que le falta el sentido cívico, perdona al que roba á la ciudad para enrique-

cer á la familia. Y vosotros, los gatos, los caseros, se ha dicho mil veces, tenéis un natural femenino.

—Y vosotros, los perros —replicó Zapirón—, un natural masculino, según eso. Un natural perruno, cínico, impudente. No te oculto que me gusta la mujer más que el hombre; tiene más espíritu de independencia, y aún siendo más débil, es menos servil. La esclava conserva siempre algo más señorial que el esclavo; sabe que puede esclavizar á su amo; siente la fuerza de su debilidad. Y este sentimiento de íntima independencia, de profunda libertad, se robustece en casa. La libertad es doméstica, no cívica; es casera, no callejera.

—¿Lo ves, Zapirón amigo —exclamó Berganza—, lo ves? Ya salió el dogmático, el apodíctico. ¿Y quieres así que se te quiera? ¿Quieres así conquistar las simpatías de los hombres?

—Nunca he buscado —contestó Zapirón— hacerme simpático á los hombres. Siempre recuerdo lo que decía uno de ellos, á quien llamaron Séneca: “¿Por qué te regocijas de que te alaben esos hombres á los que tú no puedes alabar á tu vez?” No quiero el aplauso del hombre, ya que yo no he de aplaudirle ni puedo en conciencia hacerlo. Veces hay en que de tal modo me asquea su olor, el olor de sus misérrimas, que tengo que dejar su vivienda; es decir, mi vivienda, y salir á tomar el fresco.

—Ve ahí —le atajó diciendo Berganza— la utilidad de la calle.

—La calle no —replicóle Zapirón—, sino el te-

jado, en donde hay más luz, más aire, más cielo y más libertad. Cuando me salgo de casa, cuando dejo la cocina, es para pasearme por las alturas, que son más limpias que no esas calles adonde los hombres arrojan sus inmundicias y donde la lluvia cría fango y no flores.

—Sí, y allí —le dijo Berganza sonriendo; es decir, meneando blandamente el rabo— te diviertes en cazar pájaros. El otro día te vi al anochecer cómo desde el borde del tejado, casi tendido en el canalón, acechabas á los vencejos, lanzándoles zarpazos según pasaban casi rozándote en su rápido vuelo. ¿Cogiste alguno?

—Pregunta perruna, amigo Berganza —contestó Zapirón—. ¿Que si cogí alguno? ¿Y eso qué importa? ¿O es que crees que nosotros los gatos nos ponemos á cazar por amor á la presa, como vosotros los perros? No, para nosotros la caza es juego y no oficio. De un gato no podría hacerse, como de un perro se hace, un lebrél ó un perdiguero. La libertad sólo es verdadera libertad en el juego; llevada á oficio conviértese en servidumbre. No hay más que una manera de ser de veras libre, y es jugar; el buscarse el pan y la presa es siempre, sea como fuere, servidumbre.

—¿Pero es que crees, Zapirón, que nosotros los perros no jugamos?—replicó Berganza.

—Sí, jugáis —le dijo aquél— los juegos que de los hombres aprendisteis, y jugáis á engañar al hombre y á adularle. Vuestros juegos son juegos de ca-

lle. Cuando retozáis unos con otros me parece veros saltar el aro ó andar á dos patas. ¡Andar á dos patas! ¡Esta es la actitud propia del esclavo! La cara alta, es decir, mirando á los ojos del amo, en espera de la consigna. No, no; hay que llevar la mirada cerca siempre del suelo, pues el suelo es la garantía de la libertad. Espinazo que se pone pino fácilmente se dobla.

—¡Qué doctrinas, amigo Zapirón —exclamó Berganza—, que doctrinas! ¿Hay para el gato, hay para el perro acaso algo más noble que tomar al hombre de modelo y acercarse á él? ¿No es acaso el hombre el coronamiento del reino animal?

—Ya sospechaba — le respondió Zapirón desdeñosamente— que tirabas á filántropo. Debí de conocerlo por tu servilismo. ¿El hombre coronamiento del reino animal? Así lo cree él ¡presuntuoso! Pero el reino, ó la república animal, mejor dicho, no tiene un coronamiento, sino tantos como especies la componen. Culmina por mil sitios, y por mil asciende. Ahora han inventado los hombres eso del sobre-hombre. Pues bien: el ideal del perro debe ser el sobre-perro ó “supercanis”; el del gato, el sobregato ó “supercatus”, y no el hombre. Mi esfuerzo debería ser excederme á mí mismo en mi propia línea, pero no hacerme hombre. Tus remotos antepasados, amigo Berganza, los perros de la selva, antes de asociarse al hombre, aullaban; se asociaron á él, pusieronle á imitarle, intentaron hablar y ladraron. ¿Crees que el ladrido es superior al aullido?

—A nuestros oídos sí —dijo Berganza.

—A vuestros oídos estropeados por la convivencia con el hombre —contestó Zapirón—. Pero cuando os duele de veras no ladráis, sino que aulláis. El ladrido es una vil imitación. Y acaso á nosotros nos pasa lo mismo con el maullido. La imitación del hombre es lo que nos pierde á perros y á gatos.

—Bien dicen los hombres, amigo Zapirón —observó Berganza—, que sois unos ingratos. La ingratitude es vicio felino.

—¡Ingratitud! ¿Ingratitud has dicho? —prorrumpió Zapirón con indignado acento—. ¿Ingratitud? Estoy ya harto de oír hablar de ingratitude. El que acusa de ingratitude á otro suele ser ó un hipócrita ó un petulante. Dejémonos, Berganza amigo, de lo ruin que es rendir beneficios para que nos los agradezcan; dejémonos de eso, y dime: ¿no crees que la gratitud ni cabe ni puede haber sino entre semejantes? No basta que se nos haga un beneficio para que nos sintamos obligados á agradecerlo, es menester que el bienhechor sea semejante nuestro, es menester que haya comunidad de sentimiento entre su acción y nuestra recepción de ella. ¿Quién es el hombre, el ridículo y petulante hombre, para acusarnos de ingratitude á los gatos? Bien estaría que se quejase de mi ingratitude Micifuz —y éste no se queja de ella—, pero ¿el amo de la casa en que vivo? Cree hacerme un gran beneficio con dejarme que coma las sobras y desperdicios de su mesa, y aún se figura ¡mamarracho! que debo agradecerle más el

que alguna vez me pase la mano por el lomo alisándome el pelo. ¡Yo soy antipático! ¡Yo soy ingrato! ¿Por qué, dime, he de tener que agradecerle esas caricias? ¿Es que acaso las hace por mí? No, las hace por el gusto que en ellas encuentra. Es un goce para su tacto el pasarme la mano por el lomo, y en el goce lleva su pago. ¿De dónde saca que deba agradecersele? No, no hay por qué agradecer esas caricias, no hay por qué agradecer los aplausos. Saltas bien el aro, reciben un placer al verte saltar así, y te lo aplauden; es que dan salida á su satisfacción, y en esa satisfacción deben darse por pagados. ¡Agradecer las caricias! ¡Llamarme ingrato! Pero no me sorprende, porque sólo á los jóvenes de la especie humana, sólo á los cachorros del hombre, se les ocurre llamar ingrata á la muchacha que no corresponde á su amor. El hijo del amo de mi casa, que es más feo que Picio y más bobo que el de Coria llama ingrata á una muchacha que le ha dado cinco veces ya calabazas. Tal es la idea humana de la ingratitud, y como es tal me tengo por honradísimo de que los hombres llamen ingrata á la raza felina.

—Esas teorías, amigo Zapirón —dijo Berganza—, son de las que los hombres llaman anarquistas.

—¡Y dale con los hombres! —le atajó Zapirón—. Los hombres dirán lo que quieran, y yo, amigo Berganza, te digo que ni esas son teorías ni cosa que lo valga. Y en cuanto al anarquismo, he aquí otra invención humana consiguiente á la del reino animal. Es él, el rey de la creación, el pretendido monarca de

los animales, el que ha inventado eso. Pero en nuestra república todo eso varía mucho...

—Bueno, bien, otro día continuaremos —le interrumpió Berganza.

—Sí, veo allí á tu amo que te llama; síguete —le dijo Zapirón—. Yo voy á buscar á Zapaquilda para juntos murmurar del hombre en dulce coloquio amoroso.

—Pero... —empezó á decir Berganza.

Y Zapirón, adivinándole, añadió:

—Sí, nuestros coloquios de amor se cifran en murmurar del hombre. Así son los coloquios todos de los novios. Si ves dos parejas á dos rejas, puedes jurar que éstos hablan de aquéllos, y aquéllos de éstos, y si no hubiera hombre, ¿de qué protestaríamos y murmuraríamos?

—Mira, Zapirón amigo —concluyó Berganza—, cómo tú también necesitas del hombre y vives á él esclavo. Le necesitas para hablar mal de él y echártelas de independiente. Tu zarpazo es más servil que mi lamedura de su mano. Así es el mundo. Adiós, Zapirón, mis respetos á Zapaquilda. Me llama mi amo.

Y se separaron.